



A1553

05/12/2002

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA ENTREGA DE LOS PREMIOS X AÑOS CASA DE AMÉRICA

Madrid, 05-12-2002

Señoras y señores, queridas amigas y amigos,

Hoy, sin duda, es una fecha muy importante para esta Casa de América, como se ha dicho, no sólo por la celebración que nos reúne, sino, sobre todo, también por lo que se conmemora, como se nos ha recordado: diez años de actividad continúa y diez años de proyección de Iberoamérica.

Sin embargo, ustedes comprenderán que yo no pueda sustraerme en estos momentos a los acontecimientos que en estos días nos preocupan a todos los españoles, especialmente a quienes tenemos responsabilidades de Gobierno. Me refiero a las duras circunstancias que se están viviendo en las costas de Galicia.

Permítanme que me haga eco de un sentimiento, que creo compartido por todos, que es el de la solidaridad con los afectados, que en su mayor parte son gentes del mar; una solidaridad que hemos querido reflejar, y que el Gobierno quiere reflejar, en una actividad continua tratando de paliar los efectos medioambientales y económicos del vertido.

Estamos haciendo todo lo humanamente posible para contrarrestar la catástrofe y, sin embargo, no es bastante. Deseo que los incansables esfuerzos de las gentes del mar, de los voluntarios de toda España y del extranjero, de los miembros de las Fuerzas Armadas y del personal especializado que trabaja en las playas, el esfuerzo de todos aquellos que están en primera línea en la lucha contra el desastre, cuente hoy aquí con el reconocimiento y con la gratitud de todos nosotros.

Creo que es más que justo que este décimo aniversario de la Casa de América, que es balcón de España hacia las tierras de más allá del Atlántico, esté dedicado a quienes de Norte al Sur de Finisterre están dando tan extraordinario ejemplo de entrega y de solidaridad.

Señoras y señores,

Diez años representan la madurez para una institución, que no sólo se ha consolidado como una referencia cultural en la vida cotidiana de Madrid, sino que ha conseguido irradiar su actividad cada vez con más fuerza a todo el ámbito iberoamericano.

La celebración de la década cumplida por esta institución ha culminado con la entrega del premio "Tribuna Americana" a don Ernesto Zedillo y del premio "Ateneo Americano" a don Mario Vargas Llosa. Con ello se reconoce, con todo merecimiento, a dos personalidades de Iberoamérica que, desde sus respectivas biografías y dedicaciones, representan lo mejor de la política y de la cultura; vocaciones éstas que, a mi juicio, se hacen vasos comunicantes cuando se ejercen a partir de un compromiso irrenunciable y valiente, como aquí ha quedado expresado una vez más, con la libertad y la democracia, con la justicia y la dignidad del ser humano.

El premio a Ernesto Zedillo reconoce a una figura que trasciende a México para convertirse en ejemplo, y no sólo para Iberoamérica, del gobernante que entiende su dedicación como servicio para el bien de todos. Como Presidente de su nación inició un ejemplar proceso de transición que hizo posible la alternancia política y afianzó las instituciones democráticas. A él se deben pasos clave en la apertura económica de su país, en la mejora de la vida de los mexicanos y en la consolidación del papel de México en la escena internacional.

Yo no estoy todavía en tiempo de recuerdos, a diferencia de Ernesto Zedillo, pero no puedo olvidar el buen desarrollo, el excelente desarrollo, que las relaciones bilaterales entre España y México experimentaron durante el mandato de Ernesto Zedillo, lo que profundizó aún mucho más la corriente de afecto, de simpatía, de tantos lazos fecundos que unen a nuestras naciones.

Ernesto Zedillo es un impulsor tenaz e imprescindible de la Comunidad Iberoamericana, que se ha beneficiado siempre de la amplitud de su visión política. Y, si alguien tenía alguna duda de por qué ha sido premiado, espero que su discurso de hoy se la haya despejado y, si alguien tenía alguna duda de esa certera visión, creo que hoy también habrá superado esa situación. Yo comentaba con el Secretario de Estado al lado y me decía: "el discurso de Ernesto Zedillo es muy bueno, parece de Aznar". Pero mejor no lo digo porque, si no, alguna crítica tendrá un discurso tan bueno y tan excelente como el que has pronunciado esta tarde.

Sin duda, yo quiero decir que espero que este galardón comprometa aún más esa vocación iberoamericana de Ernesto Zedillo. En todo caso, quiero decir que España, y soy testigo excepcional de ello, le debe gratitud a Ernesto Zedillo y así lo reconoce en todas las ocasiones, y esta tarde en la Casa de América.

Mario Vargas Llosa, a quien yo también admiro desde pequeño, no es sólo hombre de letras, uno de los mejores de nuestra lengua --él ha citado a muchos creadores iberoamericanos. Ha citado a Borges, ha citado a Paz y ha citado a Matta, desgraciadamente fallecido hace muy poco tiempo, a quién también tuvimos la oportunidad de darle la nacionalidad española también hace poco tiempo; no se ha citado él mismo, pero le cito yo, y, por lo tanto a esos nombres hay que unir el de Mario Vargas Llosa para orgullo y admiración de todos nosotros--, sino que también es hombre de palabra y lo ha demostrado y lo demuestra cotidianamente en la defensa de la democracia y de los derechos humanos, y también lo ha hecho aquí esta tarde.

El compromiso de Mario Vargas Llosa es con la libertad, porque el verdadero compromiso es la libertad. Los tiempos nos han enseñado, gracias a lecciones como la de Mario Vargas Llosa, que la cultura que no está al servicio de la dignidad del ser humano no puede ser considerada como tal. Aprovecho esta ocasión para extender mi felicitación a Mario Vargas por una de las mejores obras que ha realizado, que es la recién creada Fundación Internacional para la Libertad. Estoy convencido de que será la mejor expresión del empeño de un escritor que en la defensa de la libertad ha demostrado, una vez más, moverse como pez en el agua. Buena suerte con esa Fundación.

La Casa de América se honra a sí misma al reconocer a quienes comparten sus principios y sus valores fundacionales. Como aquí ha sido recordado, esta institución fue inaugurada en 1992 por SS.MM. los Reyes, junto por los demás Jefes de Estado y de Gobierno asistentes a la II Cumbre Iberoamericana. Su creación fue un impulso acertado y una acertada decisión de quienes tenían entonces la responsabilidad del Gobierno.

La Casa de América se ha convertido en un símbolo eficaz de lo que queremos que sea la Comunidad Iberoamericana: un marco de diálogo y de pluralidad, de debate y de creatividad, de dinamismo y de modernidad, también un foco de iniciativas sociales y de solidaridad. Creo que la Casa de América es una realidad construida sobre un cimiento sencillamente colosal: el de la existencia de unas naciones que viven en común historia, lengua, cultura, tradiciones, sensibilidades y también creencias, valores, ambiciones y objetivos de futuro. Son, por utilizar palabras de Mario Vargas Llosa, los lazos íntimos, irrompibles, aquellos dictados por la maravillosa lengua común, por cinco siglos de historia compartida y por sueños afines.

Pertenece, pues, a una patria de lengua y cultura cuya extensión auténtica será siempre aquella que todos nosotros queremos y sepamos darle; una patria a la que cada cual pueden sentirse pertenecer de una manera libre y diversa, pero que nos convoca a todos por igual para hacerla cada vez más abierta, más plural, más próspera y más atractiva. Somos una comunidad que tiene la ventaja de poder decir "futuro" de una misma forma, aunque para cual pueda tener significados distintos. Somos cuatrocientos millones de posibles futuros que hablamos el mismo idioma y estamos obligados, por lo tanto, a pensar, a trazar y a impulsar objetivos que nos hagan aún más fuertes, más próximos; que nos permitan generar con imaginación y con audacia proyectos concretos de integración en nuestras naciones.

España está participando en este impulso de integración con una certeza que cada día se hace más intensa. Lo resumiré en una frase: nada sin Iberoamérica. Y esto va más allá de cualquier fórmula. Hoy son incontables las propuestas e iniciativas públicas o privadas de España que tienen un componente de vertebración iberoamericana, ya sea en la política, ya sea en la economía, en la cultura, en la creación artística o en el mundo universitario.

Iberoamérica tiene ahora la palabra en nuestra acción política y diplomática. La tendrá también, y lo digo, cuando en un próximo encuentro en Washington con el Presidente de los Estados Unidos trate las medidas que pueden garantizar la estabilidad económica del continente.

La Comunidad Iberoamericana de naciones es hoy una comunidad real, vital, tangible, de intereses compartidos, que crece y se robustece cada día, y que nos exige más esfuerzos de imaginación para canalizar su extraordinario potencial. No olvidemos, por ejemplo, que la frontera de lo hispano se mueve hacia el Norte, dando lugar a que ya hoy más de treinta y cinco millones de estadounidenses se proclamen hispanos. De su creciente protagonismo en esa gran nación debemos hacernos todos partícipes, también colaboradores, y reflexionar mucho sobre lo que ello significa.

Hoy vuelve a ser necesario, por lo tanto, y así lo hemos entendido nosotros, un nuevo impulso dirigido a reforzar la Comunidad Iberoamericana. Para alcanzar ese objetivo es necesario profundizar en la institucionalización de nuestras Cumbres. Con esta perspectiva España ha llevado a la reciente Cumbre Iberoamericana una propuesta de largo alcance y su aprobación unánime por parte de los Jefes de Estado y de Gobierno iberoamericanos demostró que, por encima de cualquier diferencia de criterio sobre asuntos concretos, prevalece la voluntad de desarrollar toda la potencialidad de nuestra creciente comunidad de intereses.

La Comunidad Iberoamericana de naciones es, sin duda, un libro, querido Ernesto y querido Mario, del que estoy seguro de que están por escribir los mejores capítulos de libertad, de estabilidad y de prosperidad. Bien es verdad que vosotros habéis dicho, y con razón, que son tiempos difíciles; pero son también buenos tiempos de esperanza y, sobre todo, tiempos de decisión para líderes políticos, para líderes sociales, que tienen que tener en la determinación y en la voluntad y, además, en la inteligencia unas apuestas claras por el futuro de nuestros países.

Hay que seguir adelante, no hay que dejar páginas en blanco. No deben haber páginas en blanco ni las páginas perdidas en la Iberoamérica del futuro. No es necesario ensayar fórmulas mágicas, no hay que mirar hacia atrás; hay que seguir avanzando por el camino de la decisión que los iberoamericanos emprendimos juntos en la Cumbre de Guadalajara hace doce años y que es el único camino que vale la pena recorrer: el de la democracia, el de la economía próspera, el de la estabilidad, el de la solidaridad con nuestros principios y valores compartidos; en el respeto a los derechos humanos, en la mejora de nuestras instituciones, en la fiabilidad de nuestros sistemas jurídicos, en todo aquello que significa un impulso de reformas y de modernización de nuestros países.

Las dos personalidades que hoy reciben los galardones de la Casa de América encarnan perfectamente estas aspiraciones de nuestra Comunidad Iberoamericana. Mi más cordial enhorabuena a los premiados y mi felicitación también a cuantos contribuyen para esta Casa de América a hacer de ella una necesaria empresa que nos hace sentir cada vez más y cada vez más cerca de la Comunidad Iberoamericana. Quiero decir, además, si se me permite, que para mí ha sido, personalmente, especialmente, muy grato poder participar en este acto con estos premiados.

Muchas gracias a todos ustedes y buenas tardes.